



Ramón López Velarde

La escuela de Angelita

Mal se ve en Guanajuato, en Michoacán y en Querétaro, que los niños de calidad vayan a estudiar las primeras letras a una escuela de hombres. Eso se queda para los párvulos plebeyos. Los niños principales concurren a una escuela de mujeres. En tal costumbre hay, quizá, un gentil acierto de la sociedad provinciana. Se gradúa todo un camino que arranca de los brazos maternos y concluye en la áspera cátedra de un áspero maestro de instrucción cívica. No deja de ser brusco arrancar de la familia a un personaje de seis años para soltarlo, de golpe y porrazo, frente a un dómine pedante, frecuentemente de melena y generalmente de folletín. Una maestra y unas condiscípulas equivalen, en cambio, a un suave y lucido factor de educación. ¿Sabemos, acaso, lo que Anatole France, nuestro fetiche, debe a las enseñanzas de Mademoiselle Lefort? Mademoiselle Lefort, sin duda, regó la tierra que había de nutrir los laureles del frágil y formidable poeta de *El libro de mi amigo* y de *El crimen de Silvestre Bonnard*. En realidad, las mujeres deberían estar siempre aleccionándonos.

En la escuela de Angelita, nos aleccionaban ella y sus hermanas Petrita y Lola. Angelita representaba la modernización; Petrita, justificando su nombre, ejercía el mando con dureza y nos pellizcaba y nos tiraba de las orejas, para arriba, para arriba, obligándonos a pararnos sobre la punta de los zapatos; Lola gobernaba sin dictadura y sin amabilidad, por lo cual no la envolvía la opinión pública ni en cariño ni en rencores. En la escuela de Angelita, la minoría de los hombres (perdón por lo pretensioso de la palabra) nos codeábamos con las muchachas más bellas de la capital de aquel Estado.

Al lado de Sofía Elizondo, y en su mismo libro segundo de *Mantilla*, leíamos a una voz la historia de Voltamad y su caballo, la de los niños perdidos en el bosque, ciertos versos de don Manuel Carpio y aquellos otros, de no sé quién, que acababan así: «¿Por qué lloré?, pero no llores». ¿Se acuerda usted, Sofía?

María González, ya muerta, y de la que tal vez no quedará ni polvo, nos invitaba a estudiar con ella la *Historia Sagrada*. Y sus vehementes ojos negros se iban posando en las láminas murales: Caín y su víctima, Noé saliendo del Arca, la Torre de Babel,

Rebeca entre los camellos... Afuera el sol doraba las guijas del arroyo, el reloj de la parroquia sonaba las once y las mariposas viajaban, como ilusiones trémulas de un pintor.

¿Y Lupe Azcona? Lupe Azcona llegaba todas las tardes, a las cuatro, a estudiar piano. Estudiaba una hora y regresaba a su casa. Lupe era la alumna de más edad, y muy alta, y muy garrida y con una cintura que quería romperse. Como sabíamos que tenía novio, los hombres la mirábamos con un terror curioso y las niñas que no habían acabado de quebrar el cascarón la envidiaban como a una paloma presumida y pulcra, que diría Ruiz Cabañas.

Lo que era para mí el acabose, entre todos aquellos hechizos, era Natalia Pezo repasando su lección de geografía. ¡Qué arte gastaba Natalia Pezo frente al mapa de América, con el texto en la mano izquierda, y en la derecha un puntero de papel de periódico! Natalia estudiaba en voz alta: «Archipiélago de las Lucayas...». Y el puntero rascaba las ondas azules, inmóviles entre los meridianos y los paralelos, que aprisionaban el mar en una red negra. «Isla de Cuba...». Y el puntero resbalaba sobre un pez que iba a ser tragado por el golfo vecino. Todavía suenan en mis oídos las palabras de Natalia Pezo, sirena que cantaba las glorias del Atlántico.

Otras alumnas no despertaban nuestra fantasía, sino nuestros instintos rapaces. ¡Los hurtos de comestibles en los cajones abastados de las Anayas y las Preciados! Por fortuna, ellas me han absuelto de aquellos hurtos de pan y confituras.

Pero las blandas mujeres que nos besan cuando estamos en la cuna y nos prestan sus libros en la escuela temen, a poco, parecer deshonestas si nos miran, sin interrupción, medio minuto.

El Nacional Bisemanal, México, 15 de abril de 1916

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo